

Arúlia

Entre mundos

Scarlett de Pablo
Alexia Goher

 **Escarlata**
JUVENIL



♦ Arlia ♦

Entre Mundos

1

Scarlett de Pablo y Alexia Goher

 **Escarlata**
EDICIONES

Arlia I. Entre Mundos

Primera edición: septiembre, 2015

Segunda edición: septiembre, 2016

© Scarlett de Pablo, 2014

© Alexia Goher, 2014

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2015

www.escarlataediciones.com

ISBN: 978-84-16618-01-9

Depósito legal: B25 386-2015

IBIC: YFHR

Ilustración de las cubiertas: ©Sarima

Ilustraciones interiores: ©Tsailanza

Dirección editorial: Carla de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.



Ariel Shelley

Nueva York, 31 de octubre de 2006

Una punzada de pánico atravesó mi pecho con la fuerza de un titán. La visión de Justin, emergiendo de las sombras con su mejor amiga, inerte en sus brazos, nubló mi capacidad de raciocinio y me dejó petrificada y anclada al suelo, víctima de la conmoción.

Justin corría con torpeza hacia nosotros, con el rostro inundado en lágrimas, pidiendo ayuda desesperadamente. A medida que se acercaba, distinguí la ropa de ambos alumnos manchada de sangre. No fue hasta tenerlos encima que asimilé la gravedad de la situación y recobré la capacidad de reacción. Hice caso omiso a mi incrédulo compañero del claustro de profesores, que aún permanecía a mi lado pensando que se trataba de una pesada broma de Halloween, y corrí en auxilio de la pareja con la certeza de que aquello era real. Pude observar que la piel de Kirsten presentaba un color violáceo, su pierna estaba doblada de una manera imposible y sus muñecas mostraban unas desagradables magulladuras en carne viva.

La sangre caía por sus muslos y su rostro de forma grotesca, lo

que le arrebatava toda su apariencia humana. La joven ya no respiraba. Una voz en mi cabeza no dejaba de decirme lo evidente, pero yo me negaba a creerlo: Kirsten no podía estar muerta.

Al darse cuenta de que no se trataba de ninguna broma, mi compañero salió de su estupefacción y, sin tiempo que perder, arrastramos a la pareja hacia la enfermería del internado, apenas a escasos metros de donde nos encontrábamos.

La doctora Whitman acudió a nuestro encuentro nada más atravesar la puerta del vestíbulo, alarmada por nuestros gritos de auxilio. Todo ocurrió con suma rapidez, casi de forma mecánica; Whitman se abalanzó sobre Kirsten y, advirtiendo que no respiraba, ordenó con un grito preparar el quirófano.

En un internado corriente la idea de disponer de un quirófano en la enfermería no dejaba de ser inverosímil, pero Arlia era especial, y era esa característica la que podía marcar la diferencia entre la vida o la muerte de Kirsten.

La doctora Whitman no vaciló; se hizo con una de las camillas arrinconadas en la pared, echó mano a un carrito lleno de material médico y, con una entereza asombrosa, hizo una intubación endotraqueal a Kirsten. Por un momento me pareció ver que la piel de mi alumna perdía ese horrible matiz violáceo, pero no era capaz de asegurar con certeza si en realidad fue fruto de mis más anhelados deseos.

—No pares de bombear —me ordenó la doctora y puso la bomba de aire en mis manos. Me obligó a subir a la camilla donde habíamos depositado a la alumna.

Me vi arrastrada por el largo pasillo hasta llegar a la sala de cirugía. La ayudante de Whitman, Aura, empezó a conectar a Kirsten a una serie de máquinas, sin descanso y a una velocidad vertiginosa. Cuando mi ayuda dejó de ser necesaria, fui invitada a salir, pero estaba demasiado hipnotizada por los dígitos de una pantalla que marcaba las pulsaciones de Kirsten. Seguía viva, débil, pero viva.

—¡Profesora Shelley! —me gritó la doctora Whitman con tanto

ímpetu que logró recuperar mi atención—. ¿Qué ha pasado?

Justin había dicho que Kirsten había saltado por una ventana, pero yo sabía que era mentira. Todo había sido obra de ese endiablado ser. El cuerpo de mi alumna era la prueba irrevocable de todas las atrocidades a las que había sido sometida. No quería ni imaginar el sufrimiento que había tenido que soportar para acabar en semejante estado.

—Se cayó de una ventana —respondí sin convicción. Whitman tampoco me creyó.

—Está muy grave, Shelley. Haré lo que pueda, pero no tengas esperanzas, la han destrozado. Tiene un pulmón perforado, costillas fracturadas y es probable que también tenga hemorragias internas. Tienes que salir para que pueda trabajar.

Un pitido ensordecedor invadía mis oídos, eran el miedo y la desdicha que se manifestaban de una forma curiosa e incomprensible.

Como una autómatas, obedecí a la doctora, pensando quizá, que de algún modo, hacerlo marcaría otra diferencia entre la vida y la muerte de Kirsten.

El olor férreo de la sangre había llegado a mis fosas nasales y me produjo un leve mareo, por lo que tuve que apoyarme en la pared. Encontrarme con los rostros compungidos de Jason y Justin cuando levanté la vista no me ayudó a recuperar la cordura y, dejándome llevar por mis más primarios instintos, abofeteé al alumno con la intención de hacerle daño. No me importaba que Jason defendiera a su pupilo, no me importaba en absoluto cruzar aún más los límites agrediendo a un menor. Solo quería que aquel escozor en mis entrañas desapareciera y la violencia parecía ser lo único en lo que podía pensar.

Curiosamente, fue una melodía de Chopin la que consiguió hacerme reaccionar.

Cerré los ojos y arrugué el entrecejo, tratando de pensar en algo distinto o simplemente en dejar de hacerlo. Al final, me di cuenta

de que esa música no venía de mi cabeza. Era mi teléfono, que sonaba tímidamente desde el bolsillo de mi pantalón, esperando llamar mi atención.

Mis movimientos fueron lentos. Temía que en cuanto dejara de sonar la música volvería a sufrir aquel ataque de rabia incontrolada, pero finalmente, descolgué.

—Soy Alexia —dijo mi interlocura—. Sé lo que ha pasado, pero también sé cómo puedes salvarla. —No me había dicho cómo pero intuí su solución—. Tengo la sangre de él. Es todo lo que necesitas. No pierdas el tiempo. Sal ya de Arlia. Estoy en la puerta dispuesta a entregártela.

Lo sabía. La sangre de él podía curarla, de eso no me cabía duda. Los riesgos que asumiría serían muy altos, pero el precio por no hacer nada, sería aún mayor. Quizás no estaba todo perdido.

—De acuerdo. Voy para allá.

Cuando colgué el teléfono me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Di una gran bocanada de aire y, sin dar explicaciones, salí corriendo al exterior. Con el corazón en un puño, no pensé en la seguridad que me otorgaban los muros del internado y que estaba a punto de abandonar. Solo cabía en mi cabeza un propósito; salvar a Kirsten.

Alexia estaba esperándome a una distancia prudencial de los dominios de Arlia, escondida entre las sombras y en estado de alerta por si la traicionaba.

—¿Dónde está él? —pregunté reticente.

Ella me tendió la bolsa de sangre. Al tomarla en mis manos sentí un escalofrío; aún estaba caliente.

—Retenido.

—Como aparezca por aquí...

—Guárdate tus amenazas, Ariel, y salva a Kirsten. Eso es lo único que importa.

Si deseas seguir leyendo
puedes conseguir tu ejemplar,
en formato digital o físico, en:

www.escarlataediciones.com

¡Muchas gracias por leer!

